

AÑO III

NÚM. 16

JUVENTUD



1921

FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE

SANTIAGO

OC. 54/01
Francisco Bravo

Del sacrificio y la salvación en la belleza

He recibido, de los estudiantes de Arquitectura de la Universidad de Chile, la distinción de ser nombrado su presidente honorario. Sin falso desinterés, ni fingida modestia, quiero explicarme claramente la causa de este nombramiento.

Para lograrlo, nada fuera, en apariencia, más fácil que preguntar los motivos a los mismos estudiantes, pero no son los propios actores los que mejor explican los actos que ejecutan.

No creo ensalzarme al manifestar desinterés, ni apocarme al atribuir una medida proporcionada a mi efectiva capacidad profesional, si digo y afirmo con tranquilas palabras y segura conciencia de que son numerosos los arquitectos nacionales de versación más amplia, de labor más sostenida y brillante, de porvenir profesional más cierto que el que yo puedo ofrecer.

Hice mis estudios, pero no poseo título universitario; no visito la Escuela de Arquitectura; no frecuento el centro de sus estudiantes; hasta ayer, no conocía a ninguno de sus miembros.

Poseo un temperamento desordenado; no tengo situación política, huyo del periodismo; no pertenezco

al profesorado. De mí nadie puede esperar labor sostenida y metódica; amparo ante el gobierno; campañas de publicidad; ni ayuda en las aulas. Soy, sin afán de recriminarme, no un vago, sino un vagabundo del espíritu, ser inquieto, rico sólo de insatisfacción, de valor práctico dudoso y en constante amor de soledad.

No puede, tampoco, haber influido en el ánimo de la juventud que así me favorece, ni lo pintoresco, ni lo destacado, ni lo misterioso de mi vida.

Nada hay en ella que pueda llamar la atención por curioso, grande o extraño relieve. Nada hay aún en mi indumentaria burguesa, ni en mi paso anodino, ni en mi rostro vulgar.

¿Por qué, entonces, se me elige? Comprendo que los estudiantes han empleado, en mi caso, el recurso del título honorario, no en cuanto él significa alta distinción, sino manifiesta clara simpatía. Como no existe en las prácticas acostumbradas un título que diga y haga presente dicho sentimiento, se me ha concedido uno cualquiera de los que pueden otorgarse. Pero yo lo traduzco a su justo valer. El honor que se da y reconoce es muestra de admiración, la simpatía que se confiere es prueba de camaradería. Y se elige de camarada no a un superior sino a un semejante.

Y de todos los arquitectos yo he resultado ser el más constantemente parecido a vosotros, jóvenes estudiantes, y por eso ahora, los de una y otra generación, me han llamado con una misma sencillez, y por eso he venido siempre con una idéntica alegría.

Todo joven estudiante, a la vez que la profesión que ha elegido, estudia la profesión de hombre, y por ello

sus camaradas, bien lo comprendo, no se encuentran solamente entre sus vecinos de aula, sino entre sus vecinos de inquietud y de vida.

Y una generación pasa y otra generación llega, y la última recién venida traba relaciones con todos los que resultan ser sus camaradas. He tenido la rara fortuna, desde 1912 hasta la fecha, de saberme camarada de cada una de las generaciones de nuevos arquitectos y nuevos jóvenes que van llegando.

Y esos estudiantes y esos jóvenes, mis camaradas de una época, han ido pasando y desde ya hace tiempo son profesionales, desde hace ya años son hombres. Y resulta, al parecer, incomprensible que yo esté ahora más cerca de vosotros que ellos que acaban de pasar. ¡Quiera el destino que perennemente me encuentre más próximo de los que van a venir que de los que ya fueron!

Es verdad que así nunca daré término a nada. Como Penélope en espera de Ulises, hoy tejo mi tela comentando la vida y los ideales de esta generación, mañana volveré a tejerla comentando los que traiga la que ha de venir. Y como el hilo es limitado y el tejer inacabable, hoy deshago lo que ayer hice, para volver a comenzar y siempre sin término.

Y mientras los demás dieron, cada cual en su tiempo, remate a su tarea, yo no encuentro manera de dar fin a la mía.

Pasó la época ansiada por una generación de estudiantes, de oír fijar un rumbo a la arquitectura; pasó la siguiente que quiso escuchar con preferencia algo sobre la emoción creadora del arquitecto; llega hoy

la vuestra, y sin necesidad de preguntarle qué desea oír, de antemano sé las palabras que aguarda, ¿podría ignorar vuestras inquietudes si soy el verdadero camarada de la hora presente?

Paralela a la profesión de arquitecto que sucesivos y bravos años de estudios van haciendoo posible, transcurren más amplios y más duros y más interminables los años de vida que van acercándoos a la profesión de hombre.

Y toda la generación de hoy, la muchachada incorrecta del día, se ha venido a dar clara cuenta que más allá del título profesional, hay otro título más amplio, alto y fundamental que lo comprende y rebasa, y llega la hora en que quiere oír hablar constantemente de él.

Lo haré primero, desde vuestro estado de estudiantes, luego con vuestra futura experiencia de arquitectos.

Más se enriquece vuestro saber con el creciente número de nuevos puntos de vista, que con la abundancia real de cosas nuevas.

¿Qué lleva a los jóvenes al estudio? Al estudio general los lleva la necesidad de saber, y al estudio profesional la facilidad de actuar. La facilidad en el actuar es deseo de independencia, y la necesidad de saber, hambre de paz.

La característica última del hombre, su residuo postrer es la insatisfacción. Le trae solo una tranquilidad provisoria, siempre pasajera, la obtención de sucesivos propósitos.

Así el éxito en uno de vuestros exámenes os trae

sólo una paz momentánea, pronto turbada por la nueva prueba a rendir; y victoriosos en ella y en la última del año, llegan y se os ofrecen las raudas horas de vacaciones, siempre ¡ay! demasiado breves; y ellas también, una vez más, a la postre, ruedan vencidas por el espectro del nuevo año de labores que se acerca. Y encimado el último año y el último proyecto, ya poseedores de la alegría que trae el título profesional, goce siempre tan escaso que desconcierta, os encontrais de golpe ante la vida. Y toda ella sigue siendo, como hasta entonces, un sucederse continuo de pequeños objetivos logrados, portadores cada cual de una paz tan efímera que ya a la tarde se deshoja.

Entonces cada cual viénese a dar cuenta de que en verdad sigue siendo como un escolar y aspira a concluir sus años de estudios, su estudio de hombre. Y conseguir, por fin, la independenciam y la paz por la que toda su vida, desde la escuela, batallara. Y le inquieta, no sabe cómo y cuándo la conseguirá, y se le figura en su turbación que acaso el morir sea el real y único examen, el examen de hombre; y teme, el triste, en su recuerdo, repetir una vez más, como antes lo hiciera con sus años escolares, repetir lejos esta vida y quedar nuevamente ansioso del gran día definitivo de libertad y sosiego para siempre!

Así como cada cierto tiempo se introducen en los planes de estudio reformas parciales o totales, siempre en busca de un resultado que supere a los conocidos, el destino en cada nueva generación de hombres ensaya oscuramente, en parte o en todo, una nueva humanidad.

Llega esa juventud y si desentraña el significado de su misión, se divorcia profundamente de las anteriores, queriendo cumplir su mandato hasta el último límite. Y con altivez lo defiende y con furia y terca insistencia pretende que ningún elemento de la vida deje de recibir su sello.

¡Ah! amigos estudiantes, dejadme recordar cuando en la escuela, a semejanza vuestra, escuchaba el plan no del destino sino del nuevo proyecto arquitectónico por realizar. Aún vivo el entusiasmo que producía en mi deseo y en mi imaginación el espejismo de la belleza vaga que yo esperaba realizar. Y aún vivo el desconcierto de entonces al no poder incluir en ese proyecto el afán de tanta noble columnata, de tanta cúpula soberbia, de tanta torre altísima y esbelta, todas deseosas de emplearse.

Cada una de ellas era atrayente y bella por separado, pero la presencia forzosa de su totalidad dentro del proyecto no contribuía a producir la belleza esperada, antes bien hacía que ella fuese imposible.

Y entonces venía el doloroso sacrificar de torres, de cúpulas, de columnatas, de mil y mil detalles. Llegó de ese modo para mí, el saber que la belleza se alimenta de sacrificio.

Y pensando en la belleza caí en la cuenta de que ella es sólo el último límite de equilibrio de una tendencia dada. Antes de ese límite siempre hay algo que falta, después de él cualquier cosa sobra. Vislumbré así con claridad toda la diferencia que va del error al defecto, este último es lo que se necesita y clama aquél lo que por innecesario y perjudicial fuña y

estorba. Si, de un hombre cojo percibimos su cojera, antes, diríamos, que a él mismo. De un señor que trae una hilacha en la solapa, no oímos con claridad lo que nos dice, obsesionados por aquella insignificancia que atrae tan poderosamente nuestra atención. Porque el error y el defecto se perciben con tan inaudita prioridad y tamaña violencia, hay quienes y sobre todo entre vosotros jóvenes amigos, hay quienes (ante la vida) se encandilan y ciegos no perciben el resto armonioso.

Mas, algo exactamente bello es algo que deja de ser una cosa exterior para convertirse en íntima satisfacción y alegría. Esta existencia que se disuelve en el propio bien que de ella misma emana es, ¡oh! paradoja, la única existencia real, justa y eterna.

Todo aquello a lo que algo falta es como si existiera a medias; que agregarle tenemos!

Y todo aquello otro a lo que algo sobra, se encuentra oprimido por el peso de ese estorbo; que libertarlo tenemos!

No lo olvido yo, no lo olvidéis tampoco vosotros, estudiantes, camaradas míos, que no es posible en un proyecto, así de arquitectura como de vida, soñar con pretender incluirle todas las bellas torres imaginables. Sacrificio quiere la belleza y la belleza es la máxima forma de vida.

Y no lo olvidéis asimismo que no basta que una cosa exista para que viva, nada vive perennemente si padece de defecto o padece de error, sólo vive para siempre lo que es y sigue siendo bello.

Se ha considerado la belleza como el lujo innecesario

y ¡Dios mio! vemos ahora, cuán claramente que la belleza no es sino lo indispensable para la eternidad!

Cuando seais arquitectos ¿qué descubrimientos y enseñanzas, la vida, por intermedio de vuestra profesión, os ofrecerá?

Vereis, como yo lo he visto, cuán asombroso es que jamás por trabajado que se tenga algún proyecto, deje de revelar la construcción de él que cierto detalle no fué lo suficientemente estudiado. Os inquietareis al constatar como lo imprevisto de la reforma de ese detalle repercute en los miembros vecinos y acaso en todo el resto del edificio exigiendo mayor trabajo y nuevo dispendio desproporcionado a lo pequeño de su origen.

Para entonces también se os revelará que nada nunca ha sido ni será construido exactamente como fué pensado.

Y sabreis, última amargura cayendo sobre tales asombros, que por empeñoso que haya sido el estudio; por constante la vigilancia y grande la clarovidencia del arquitecto que concibiera y ejecutara su obra, antes o después de un lustro de que sea terminada vendrán sobre ella cambios absurdos e imprevistos inimaginables.

Un día nuevos muros y tabiques de pronto allí dentro se improvisan y levantan; objetivos diversos de los consultados vienen y llenan varios departamentos y acaso la fábrica entera reciba un insospechable oprobioso destino; nuevos pisos se agregarán a los ya existentes y en las fachadas ventanas provisorias desconciertan horribles como heridas que se reciben

en el rostro. Y mientras duelese el arquitecto al ver su obra desfigurada y perdida, el hombre que él encierra, aprende en carne propia cuán vana resulta ser toda posibilidad y todo estudio, y cuán pobre toda imaginación, y quisiera en adelante proyectar no algo rígido, estable y definido, sino algo cambiante y siempre útil. Se desespera de no hallar el medio y vaga por la ciudad triste y abrumado como un padre que perdiera un hijo.

Y caminando a la ventura se detiene con extrañeza ante un antiquísimo y hermoso edificio que nadie, nunca, ha profanado; más aun, recuerda que cuando alguien quiso poner mano en él toda la ciudad salió en su defensa.

Y atónito, el que, de joven estudiante, ya una vez lo entrevió, ahora de arquitecto y de hombre viene nuevamente a comprender que sólo en la belleza está la salvación!

PEDRO PRADO.

